

## GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

---

Antes de que se le concediese el Premio Nóbel al humanista Albert Schweitzer, abundaban los libros en torno a sus principales rasgos biográficos. Las acciones de este hombre habían sido motivo para ensalzar los perfiles excepcionales de la bondad humana.

El nombre de un pueblecillo, enclavado en el Africa Ecuatorial, rondaba por los oídos de quienes viven en tensión humanitaria. Lambarené era el lugar de asiento de unos negros y de un hospital. En medio de ese paisaje, surgiendo como un coloso, la figura del filántropo, del músico y del médico.

Ahora se ha publicado un álbum gráfico, una colección de bellísimas fotografías que han registrado los mínimos detalles de ese mundo de Albert Schweitzer. He ahí la obra artística de Erica Anderson.

Vemos en esas fotografías a negros enfermos, mostrando la mordedura de sus lacras. Ahí están las cuatro paredes de aquel gallinero que sirviera como sala de operaciones durante los primeros meses de la inicial llegada de Schweitzer a Lambarené. Vemos, asimismo, a los colaboradores del médico abnegado, a los animalillos selváticos que se le aproximan, a las mujeres y niños que veían en el hombre humanitario a una especie de dios blanco.

El mundo pintoresco y abigarrado de Schweitzer ha sido captado por Erica Anderson, para dar testimonio de una realidad. Por añadidura ha producido una obra de arte.

Los ríos africanos, los bosquecillos y las estribaciones de la selva confluyen hacia ese hospital de Lambarené. Y en los hombres de fina sensibilidad se produce un estremecimiento cordial, porque la humanitaria dedicación del médico fue devolviendo la felicidad y la ale-

gría de vivir a muchos negros, que habían sido presa de terribles enfermedades.

El álbum contiene más de un centenar de fotos. Las leyendas explicativas han sido concebidas de una manera sintética, sin que las exageraciones, tan fáciles en este tipo de obras, desvirtúan el más leve destello de verdad.

He ahí un libro que debiera ser visto y leído en los centros de educación secundaria y superior.

\*  
\*      \*

El escritor mexicano Alfonso Reyes desbordó del verso a la prosa. Y esa imaginación poética se hizo presente en sus primeras obras. Más tarde, sus períodos dejaron de ser ampulosos, líricos y pletóricos de metáforas. Diríase que sus plurales musas hicieron restallar sus caracolas, para decirle al oído que la desnudez retórica era un bello símbolo. Y Alfonso Reyes dedicóse a trazar prosas, sin elementos ancilares, sin adjetivos sonoros. Hizo suya una encantadora sencillez, insinuó el valor estilístico de la yuxtaposición. Las palabras exhibieron su peso emocional, sus zumos vivenciales, la síntesis de muy diversos puntos de vista.

A veces, el ilustre mexicano ha sido barroco, mejor dicho, conceptista en la más entrañable de sus significaciones. Su obra "La experiencia literaria" es algo así como la incesante fantasmagoría de conceptos, disparados a los cielos estéticos, lingüísticos y filosóficos. Pero he ahí que al estudiar el revés de la trama del hacer literario, al hablarnos de la intimidad de un párrafo y de una metáfora, Alfonso Reyes rinde tributo a la sencillez, combina "el romance paladino" con la rara quintaesencia. Y estos valores los echa a rodar por las llanuras y riscos del pueblo. Erudito y chispeante, travieso y sensual, recoge el mínimo detalle de erudición y la forma que rebulle en labios del hombre de la calle. Difícil síntesis, final de ruta que sólo conocen los escritores de alcurnia.

En su obra "Los dos caminos", cuarta serie de "Simpatías y diferencias", Alfonso Reyes hace malabarismos de estilo. Enfoca los temas comprometidos con la sonrisa en los labios. Escribe para dignificar el lenguaje hablado, para dar prestancia literaria al decir llano, sin

lastres metafóricos. Nos habla de "Azorín" y hace primores de lo vulgar. Rodea a Ortega y Gasset y las vivencias filosóficas tienen frescura y ritmo cristalinos. Le hace bromas a Valle-Inclán y las palabras de fácil curso acentúan la mueca irónica del creador de los "esperpentos". Analiza a Rubén Darío y sus períodos son como una antesala de lo que habría de ser el modernismo.

Muy diversos son los matices estilísticos de Alfonso Reyes. Ahora bien, en un intento de síntesis, podríamos decir que su lenguaje y la arquitectura de sus períodos están impregnados de una convicción: "El escritor ha de ser preciso, porque las palabras son un producto de nuestras necesidades prácticas". Así lo expresó en un su luminoso ensayo "Apolo o de la literatura".

He ahí que a muy poca distancia de su fallecimiento, los críticos de muy diversas latitudes espirituales se dedican a estudiar con ahínco el sentido de las producciones del gran mexicano. Es una manera de rendir un homenaje válido al erudito, doblado en artista, que escribiera las profundas páginas del tratado de técnica literaria "El deslinde".

\*

\*      \*

La obra literaria, como todo producto de la creación humana, tiene una finalidad concreta. Un libro, bueno o malo, necesita llegar hasta el lector, para decirle sus verdades y sus engaños. Consecuencias de muy diversa índole brotarán de semejante contacto. Y la obra tendrá un sentido, habrá cumplido su misión. Los críticos literarios quisieran facilitar el cabal entendimiento de la creación estética. Ponen en juego diversos recursos, técnicas de muy diversa contextura anímica.

En nuestros días, los estudiosos de la Estilística, ciencia compleja y empedrada de falsos guijarros, estiman haber fijado el recurso definitivo; nos dicen que disponen de las redes espesas y de los finos reteles en donde queda prisionera la esencia literaria y los valores de la creación. Veamos algunos de tales utensilios.

Como un descubrimiento moderno, si bien tradicional, establecen que es necesario conocer la vida del autor, porque muchas vibraciones de esa vida están diluidas en su obra. De ahí la tendencia risible de muchos exégetas a identificar con el autor al protagonista de toda

obra. Pero las equivocaciones suelen ser grandes, pues el escritor juega con el crítico, como el gato con el ratón. Son los peligros de la excesiva sapiencia, son los riesgos de querer uniformar todos los problemas.

Agregan, además, que el estilo de una obra está en función del tema. Con ello revalidan, en cierto modo, las teorías de Lope de Vega, expresadas en su "Arte nuevo de hacer comedias". En este aspecto, los chascos son máximos. Si esta teoría fuese verdad, ninguna de las grandes obras de Goethe tendría lógica explicación.

Charles Du Boss, refinado espíritu francés, decía que para entender una obra era necesario "remontar las fuentes", hasta llegar a su origen. En estas ideas está resumida toda la moderna preocupación de la Estilística.

No es fácil, ni recomendable, aplicar un cartabón rígido para la comprensión del fenómeno literario. Con frecuencia, las técnicas de la actual ciencia del estilo fracasan de manera lamentable. Todos los caminos son buenos, si el crítico tiene talento. Y el talento no se aprende en los tratados conceptuosos. De la misma manera, la sensibilidad artística es un valor que el hombre trae al nacer. Mucho sabía de esto el filósofo Kant, cuando trazó los primeros capítulos de sus famosas "Críticas", cuya lectura, aunque no exenta de riesgos, es siempre provechosa.

\*

\*      \*

Durante varios siglos fue posible la creencia en una zoología fantástica. Así nacieron los "Bestiarios", libros que recogían todo lo insólito del mundo animal. Sus capítulos parecían colmados. Pero he ahí que nuevas aportaciones, inesperados hallazgos, revalidan, ahora con espíritu científico, la rica gama de las fabulaciones medievales.

Es cierto que el terrible "hombre de las nieves", por excesivamente monstruoso, ha roto los cánones de toda posible leyenda. Al caer en los recintos del humorismo, se volatilizó como realidad. Sin embargo, otros seres fantásticos, más verídicos, entregan su presencia, allá en las proximidades del Artico, muy cerca de las tierras de los esquimales. Es un animal de la talla de un zorro, muy ágil y veloz. Había sido visto de lejos. Jamás cayó en una trampa, a pesar de las combinacio-

nes puestas en juego. Sólo ahora, un cazador sueco, Peter Krott, ha conseguido tal victoria.

Los indios del Gran Norte le denominan el "Carcajou", nombre que imita ciertos sonidos guturales del animal. Dícese que la estricnina puesta en las trampas no le afecta. Como es lógico, un animal así habíase convertido en incitación de los naturalistas.

Es curioso anotar un hecho. Del "Carcajou" no existen representaciones prehistóricas, lo que indica su instinto de independencia, su alejamiento de los grupos poblados. Sabido es que todas las demás bestias polares, osos, linceos, renos de los períodos glaciares, tienen su representación en las cuevas que sirvieron de refugio a los hombres de aquellas frías latitudes.

Los "Bestiarios" estuvieron de moda en toda Europa durante algunas centurias. Muchas de sus fabulaciones eran creídas por hombres de ciencia. Después, la realidad agostó los vuelos de la fantasía. Cristóbal Colón vio en el Caribe tres manatíes. Y confesó que esas "sirenas" no eran tan bellas como él las había imaginado.

El deseo de enriquecer los museos contribuyó a fomentar parte de esas expediciones. Los aparentes misterios de la naturaleza fueron reducidos a sus límites auténticos. Lo que era fantástico convirtiéndose en pintoresco. La ciencia encontró sus actuales y firmes derroteros. El animal polar, resistente a todos los venenos, ha sido vencido. Su cuerpo se convierte en admiración de los zoólogos. Quizás estamos asistiendo al último capítulo de una Zoología Fantástica.

\*

\*      \*

El Polo Sur está rodeado de un continente mayor que Europa. Este continente meridional o antártico constituye la mayor extensión de hielo que existe. Desde tiempos antiguos se habían realizado expediciones para desentrañar su helado secreto.

Entre los que intentaron avanzar hacia el Polo Sur se destaca el inglés Shackleton. Llegó hasta los 88 grados. No pudo realizar su proyecto por falta de provisiones. La victoria definitiva la obtendría Roald Amundsen, el 15 de diciembre de 1911.

Shackleton, en una de sus nuevas tentativas, fue rescatado de los hielos por el marino chileno Luis A. Pardo Villalón. Desde entonces,

el nombre del chileno y de su buque, la escampavía "Yelcho" se hicieron famosos en los anales de la navegación heroica.

Ahora, los ingleses han hecho un emotivo regalo a la Armada Nacional chilena. Se trata de un retrato de Sir Ernest Shackleton, destinado a ornar un salón del buque chileno "Piloto Pardo".

La aventura del explorador británico fue la culminación de varias tentativas, programadas desde tiempos remotos, pero que siempre terminaban junto al borde de los hielos, entre un cielo de ventolinas y de gélidos huracanes. Aquel hombre intrépido fue el primero que se atrevió a meterse tierra adentro, por los senderos no señalados del Continente Meridional.

Su retrato será una manera de perpetuar su genio de explorador y, al mismo tiempo, la decisión y pericia de unos marinos chilenos. Desde entonces han transcurrido unos cuarenta años. Y la Antártida se ha convertido en punto de mira de muchos países. El continente helado encierra en su entraña algunas realidades y muchas sorpresas.

El espíritu de Shackleton seguirá navegando por los mares, para abocarse en las dilatadas zonas de unas laderas que se proyectan hasta esa región, en donde la Tierra se encorva, para unir, en un sólo haz de fantasmagorías, la realidad de una Geografía al alcance de la mano y el peso de unas fantasías, en las cuales hay ciencia concreta y belicismo encubierto.

\*

\*            \*

El descubrimiento de algunas osamentas en la región de Tanganyika ha permitido al profesor Lekey, director del "Coryndon Museum", de Nairobi, reconstruir un cráneo humano de hace unos 600.000 años. Dícese que se trata del más antiguo resto humano descubierto hasta la fecha. Glosemos las proyecciones de este descubrimiento.

Georges Cuvier fue un naturalista excepcional. Creó un mecanismo de anatomía comparada. Decía que, entre las formas de los seres vivos, hay una correlación casi exacta. En consecuencia, teniendo a la vista determinados huesos, era posible reconstruir el animal entero. Incluso caben los vuelos de la imaginación, para llegar a suponer el género de vida de monstruos desconocidos.

La ciencia, durante más de un siglo, ha trabajado con estos ele-

mentos. Y los humoristas, estableciendo sutiles correlaciones, han dicho: "Con el vocabulario de una mujer se puede reconstruir a sus amantes". Los moralistas han difundido la admonición de un refrán: "Dime con quién andas y te diré quién eres". En todo ello abunda un afán deductivo, un deseo de llegar al cogollo del árbol, partiendo de las ramas.

El descubrimiento de algunas osamentas incita a la reconstrucción del más antiguo cráneo humano. Se dice que debió de pertenecer a un adolescente cuyas correrías tuvieron lugar hace varios millones de años. Su capacidad craneana era reducida. Lo que hace suponer su poca inteligencia. Así hemos de pensar, si nos atenemos a ciertos postulados de la ciencia moderna.

La anatomía comparada ha producido graves daños, mucho antes de ser formuladas sus rígidas leyes. Los griegos, que nada sabían de estas elucubraciones, decían que en un cuerpo deforme no cabe un alma sana. En consecuencia, despeñaban a los individuos mal conformados.

Aceptemos que la naturaleza es sabia, que hace las cosas no sin razón suficiente. Y supongamos que ese cráneo tan reducido, ahora reconstruido, debió de pertenecer a un ser humano prodigioso, contemporáneo de megaterios y milodontes, de reptiles alados y tiburones pacíficos. Y, por un momento, dejemos en suspenso las afirmaciones de los inflexibles frenólogos.